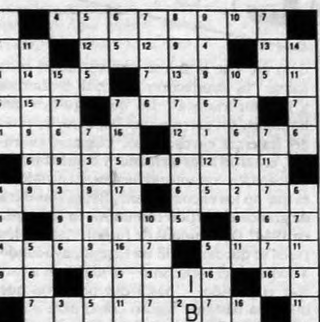
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MARTES



LA LIBRERIA DE CALEA VICTORIEI

Página/2/3



Verano/12



EL JARDINERO

(Por Luis Bruschtein) Atila asoló Europa a mediados del siglo V y Occidente acuñó una frase para recordar el espanto que produjo: "Donde pasa el caballo de Atila no vuelve a crecer el pasto". Jorge Wilkinson recordaba siempre esa frase porque era la que mejor expresaba su idea del horror, ya que su trabajo era el opuesto al del caballo del huno. El mismo había crecido con la previsibilidad de las plantas y la complexión raquítica de los arbustos. Por eso nadie lo llamaba por su nombre y se referían a él como el hombrecito.

"Peor que los hunos", decía, cuando veía a los chicos y los perros retozando en sus jardines. Pero lo decía en voz baja porque era tímido y no le interesaba hablar, enojarse o entablar una relación.

A veces, cuando el calor era más fuerte, se apoyaba en su rastrillo y se sacaba el sombrero de paja para secarse la frente; los socios del San Isidro Golf Club, que lo miraban a través de los cristales del restaurante no podían evitar hacer bromas sobre la seguridad de sus mujeres en compañía del hombrecito. Porque todos sabían que, como al poeta francés Arthur Rimbaud, un accidente lo había privado del mayor atributo de los varones. Pero no habían sido patos como al atribulado poeta, sino el perro de la única mujer con la que había conocido el amor. Los jadeos y los quejidos de aquella mujer habían provocado la furia del dálmata Sansón que, presa de un impulso brutal, supuso que su ama era víctima de un ataque. Y el hombrecito, que solamente tenía 16 años, intentó huir poniendo al descubierto el asustado miembro que terminó en las fauces del animal.

"Peor que los hunos", murmuraba Wilkinson veinte años después, sin resentimiento, cuando veía escarbar a un perro. Nadie podía adivinar, y seguramente tampoco el hombrecito, que el perfume del sexo de aquella mujer, pocos minutos antes del accidente, se había implantado en su cabeza con la fuerza desesperada del instinto. Y esa mujer olía a pasto recién cortado entre las piernas.

Los socios del club bromeaban sobre su accidente y cuando lo veían pasar con ese aspecto de nada , arrastrando la cortadora, se excitaban pensando en sus mujeres y en la desgracia del jardinero que nunca podría poseerlas. No se imaginaban que al llegar la primavera el hombrecito se lanzaba con su cortadora eléctrica a los jardines del golf, llenaba sus pulmones con el aroma del césped recién cortado y vibraba de excitación como si estuviera en la entrepierna misma de la Tierra.

Se convirtió en un experto. No había nadie en el mundo que supiera más que él o que cuidara mejor el césped. Por los olores aprendió a diferenciar la gramilla del trébol y las distintas variedades de gramíneas y encontró una que fue su preferida. Una vez que la identificó le fue fiel para siempre. Sembró esa variedad sólo alrededor de su cabaña, en un extremo de los links, y puso un celo especial en su cuidado. Soportaba el invierno con resignación y esperaba con ansiedad las noches tibias de primavera y otoño. Entonces, cuando nadie lo veía, salía de su casa y se tiraba de cara sobre el césped abriendo los brazos y dejándose embriagar por las caricias frescas y el aroma húmedo y excitante. Se agitaba en éxtasis sobre el césped y podía sentir su miembro tensando la bragueta y hasta un murmullo ahogado, como si la Tierra le dijera su amor en el oído: "¡Wilkinson!, ¡Wilkinson!, ¡Wilkinson!".

LA LIBRERIA DE CALEA VICTORIEI

Julian Barnes, nacido en 1946, es una de las recientes revelaciones de la literatura británica. Después de su reconocida novela-ensayo "El loro de Flaubert" (1986), publicó "Mirando al sol", un libro que desde su misma aparición se convirtió en un éxito y en el centro de una verdadera polémica. ¿Puede un hombre describir el mundo desde el punto de vista de la mujer?

Por Julian Barnes

Siempre he tenido esta teoría sobre Rumania. Bueno, en realidad, no es una verdadera teoría, supongo que es más bien una observación. ¿Habéis pensado cómo, en diversos terrenos, Rumania ha conseguido producir un artista importante —pero sólo uno—? Es como si la raza tuviera fuerza para producir únicamente un ejemplar de cada cosa —como esas plantas que canalizan toda su energía hacia una flor—. Por tanto, un gran escultor: Brancusi. Un dramaturgo: Ionesco. Un compositor: Enescu. Un caricaturista: Steinberg. Hasta un gran mito popular: Drácula.

Una vez le hablé de esta teoría a un escritor rumano en el exilio llamado Marian Tiriac. Era un hombre cetrino, regordete y combativo, y yo había comenzado con mal pie con él al mencionar, en una fiesta de literatos, la cuestión de los *disidentes*. Es siempre una palabra que resulta ingrata de emplear con los exiliados del Este europeo, como debía haberme dado cuenta. Algunos de ellos asumen una actitud de alta política diciendo: "Los del gobierno son los disidentes", otros se muestran más personales y prácticos: "No soy un disidente, soy un escritor". Le pregunté, por preguntar, a Tiriac si había disidentes en Rumania. Estaba dándole vueltas a una copa con los restos del vino blanco de un editor, con tanta fuerza como podía, sin que se derramara ni una gota, y contestó:

—En Rumania no hay disidentes. Sólo hay unas cuantas personas que son inaccesibles para la prensa extranjera. En cualquier caso, viven bastante lejos de Bucarest. Las carreteras no son muy buenas cerca de la frontera con Hungría; tampoco tus periodistas demuestran una gran curiosidad.

Lo dijo con ironía, pero a la vez con cierto extraño orgullo, como si yo no tuviera derecho a expresar una opinión —ni siquiera a hacer una pregunta— sobre su patria. No quería darme por vencido —pero tampoco quería irritarle más—, por lo que expuse mi teoría acerca de Rumania; lo cual hice con humildad, titubeos y reconocimiento de ignorancia muy ingleses. Tiriac me sonrió afablemente y cogió otra aceituna rellena.

—Te has olvidado de la poesía —dijo—. Eminescu.

Había escuchado ese nombre alguna vez y moví la cabeza en avergonzada señal de que me resultaba conocido.

—Y tenis: Nastase.

Volví a mover la cabeza. ¿Me estaría tomando el pelo?

—Y un dirigente del partido: Ceaucescu.

Sí que lo estaba.

—¿Y novelistas? —proseguí—. ¿Hay alguno del que deba haber oído hablar?

—No —replicó con un afligido movimiento de cabeza—. No hay ninguno. No tenemos novelistas.

Me olvidé de aquella conversación durante casi un año, hasta que recibí una invitación para asistir a una conferencia de jóvenes escritores en Bucarest. El acontecimiento resultó tan agradable como sin sentido —escuché docenas de discursos vagos, pero bien intencionados, acerca del deber del escritor con respecto a la humanidad, y sobre el poder de la palabra escrita para moldear las almas de los hombres—, pero al menos conocí un país que de otra forma nunca hubiera conocido. Hubo banquetes con aguardiente de ciruelas y una excursión al delta del Danubio, donde nos esforzamos por mirar el vuelo distante de los pelícanos, y fiestas en las que los funcionarios locales te hacían graves preguntas sobre el oficio de escribir, preguntas que te hacían sentirte un tanto avergonzado, como si debieras tomarte más en serio tu vocación.

En la última mañana del viaje tuvimos tiempo libre y me dediqué a pasear por la ciudad con un escritor italiano que escribía versos experimentales. Visitamos iglesias pequeñas y oscuras, donde no se oía más ruido que el chisporroteo de las velas y el arrastrar de los pies de los viejos. Visitamos el Museo de Arte de la República Socialista de Rumania, donde vimos un retrato de Van Eyck de un burgués de piel aceitunada con un gorro azul, cuya placa había sido casi borrada por dedos reverentes, como si éste, el mejor cuadro de la galería, se hubiera convertido en un icono que debía ser tocado con el mismo propósito que los pies esculpidos de María. Finalmente paseamos por la Calea Victoriei para mirar las tiendas. En la esquina de Palatul Republicii, frente al cuartel general del Comité Central, encontramos una librería. Uno de los escaparates estaba dedicado a una única obra, la novela de cierto Nicolai Petrescu. Miramos una pequeña pirámide de ejemplares durante un rato, preguntándonos si habríamos conocido al autor en los siete días pasados. Una pequeña fotografía en un rincón de la exposición en la que se veía a un hombre de barba blanca, regordete, con gafas montadas al aire, nos confirmó que no lo habíamos visto. Como ésta parecía ser una de las principales librerías del país, y Petrescu, presumiblemente, uno de sus escritores más importantes, nos pareció un tanto extraño que no nos lo hubieran traído a tomar aguardiente de ciruelas gratis junto con los otros.

Mi compañero y yo buscamos durante unos momentos en la sección de lenguas occidentales de la tienda —que nos hizo pensar que, si eres extranjero, ya te puedes morir si crees que vas a vender en Bucarest— y nos fuimos. Aquel mismo día, más tarde, nos llevaron al aeropuerto de Otopeni y volvimos a casa.

No volví a ver a Marian Tiriac hasta unos meses después, pero cuando lo vi por fin ofrecí contarle mis impresiones de un país que él no había visto durante 30 años de exilio. Me pareció desconsoladoramente indiferente ante la idea, y me dijo que, como desde luego no iba a volver, no le interesaba en absoluto saber cómo estaba aquel sitio. Durante sus primeros años de exilio se había sentido amargado y nostálgico, y mantuvo una lastimera correspondencia con muchos amigos; pero eso empeoró las cosas y ya había cortado todo contacto.

—Bueno, en cualquier caso, no me has dicho la verdad —proseguí—. En Rumania sí hay novelistas.

—Oh, quizá hables de Rebreanu. O quizá de Sadoveanu. Me temo que actualmente no son más que material para tesis. No son el Brancusi o el Nastase que buscas.

—No, no me refiero a ellos —hubiera sido bastante imposible, porque no me sonaba ninguno de aquellos nombres—. Lo que quiero decir es que había unos cuantos. Conocimos a alguno.

Mencioné a tres o cuatro. Movió la cabeza negativamente.

—Recuerda que ahora no siento interés por esas cosas.

—Y había uno más, vimos muchos ejemplares de algo que había escrito en un escaparate. Petrescu, Nicolai Petrescu.

—¡Ah! —dijo vivamente—. Nicolai, viste a Nicolai. ¿Siguen vendiendo su libro? ¿Y cómo está?

Le expliqué que en realidad no lo habíamos visto. Le describí la librería de Calea Victoriei, la exposición en el escaparate y la pequeña fotografía en el rincón. Dije que, por lo que se podía ver por la foto, el escritor debía de estar bien.

—¿Tenía algo en el ojal de la chaqueta? ¿Algún pequeño adorno?

—¿Quieres decir una flor?

—Claro que no. Un adorno. Una medalla.

Le dije que no lo recordaba. Tiriac se acomodó en el sofá, poniendo la copa sobre su brazo.

—Si quieres te hablaré de Nicolai Petrescu.

Le dije que sí.

—Pero no tienes por qué creerte todo lo que te diga porque lo he conocido muy bien. Debes, ¿cómo se dice eso en la caza?, afinar el tiro. Debes afinar el tiro para buscar la verdad, me parece.

"Nicolai y yo tenemos más o menos la misma edad: cincuenta y tantos años. Éramos lo suficientemente jóvenes como para perdernos la guerra, lo cual agradecimos mucho. Luchar para los alemanes contra los rusos y luego cambiar de bando y luchar para los rusos contra los alemanes no tenía nada de agradable. Las balas te podían llegar de una dirección u otra o de las dos a la vez, pero afortunadamente nos perdimos casi todo aquello."

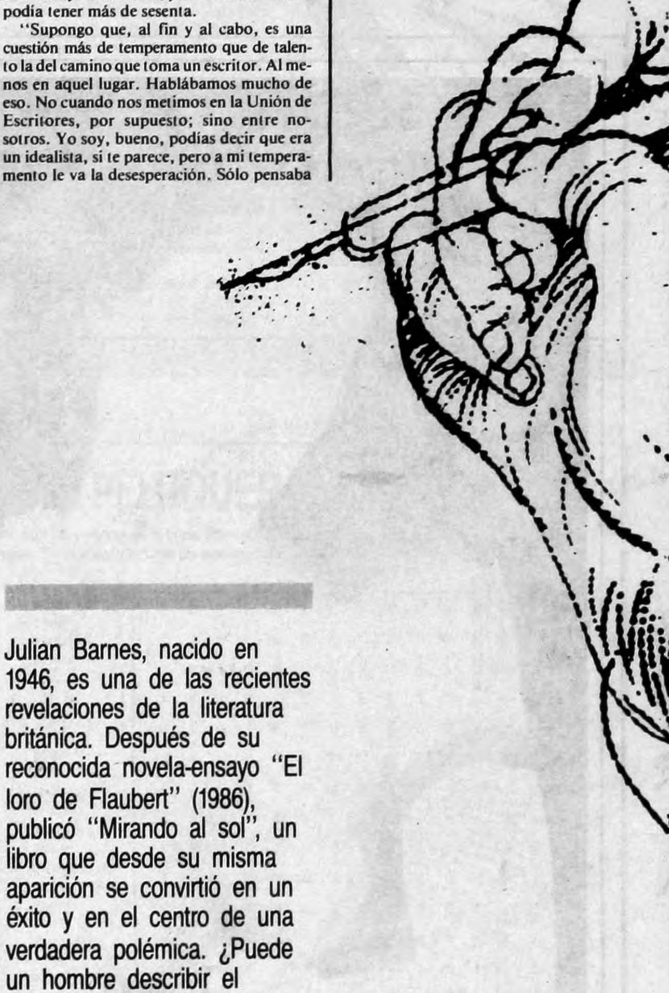
"Teníamos unos 18 años cuando se produjo eso que la actual administración gusta llamar 'la insurrección nacional antifascista y antiimperialista'. Lo que significa dos hombres, un perro y una bandera, además del fraternal ejército ruso. Llegaron los rusos, echaron a los alemanes y comenzaron a buscar a los comunistas locales. El problema es que no los encontraban. ¿Sabes cómo era de grande el partido comunista en Rumania en 1944? Dos equipos de fútbol. Así que los rusos se quedaron allí un tiempo, ayudando a construir el socialismo —o al menos a formar el partido—, hasta que pensaron que quedaba bastante seguro como para poder marcharse. Se fueron más o menos en 1947. Más o menos."

"Nicolai y yo íbamos a la Politécnica en aquellos tiempos. Eramos, ¿cómo podría decir?, buenos chicos de clase media. No teníamos nada de fascistas; lo que pasa es que no éramos obreros. Además, queríamos ser escritores. ¿Entiendes el problema?". Dije que sí con la cabeza. Pensé que había envejecido mejor que Petrescu. Tiriac parecía tener cuarenta y tantos años; por la foto, Petrescu podía tener más de sesenta.

"Supongo que, al fin y al cabo, es una cuestión más de temperamento que de talento la del camino que toma un escritor. Al menos en aquel lugar. Hablábamos mucho de eso. No cuando nos metimos en la Unión de Escritores, por supuesto; sino entre nosotros. Yo soy, bueno, podías decir que era un idealista, si te parece, pero a mi temperamento le va la desesperación. Sólo pensaba en las dificultades; en lo único que pensaba era en lo que no te dejaran escribir, no en lo que te dejaban. Yo era muy exigente en aquella época; creía, bueno, a lo mejor sigo creyéndolo, que, si no puedes escribir exactamente lo que quieres, es mejor no escribir nada. Silencio o exilio, podrías decir. Bueno, pues escogí el exilio. Perdí mi idioma y la mitad de mi talento. Así que tengo muchos motivos para seguir desesperado."

"Bueno, Nicolai tenía otro temperamento. No, no era un colaboracionista en absoluto. Era un hombre estupendo; era mi amigo. Recuerdo que era muy inteligente y estaba tan desesperado como yo, pero en su espíritu había más cinismo. Quizá no deba decir cínico, tal vez debiera decir que tenía sentido del humor. Escogí el silencio y el exilio; él, la astucia."

"Ya sabes a lo que llaman arquitectura de tarta nupcial". Afirmé con un movimiento de cabeza. Había visto bastante de eso en mis breves viajes a Europa oriental. "Bueno,



LA LIBRERIA DE CALEA VICTORIEI

Por Julian Barnes

Julian Barnes, nacido en 1946, es una de las recientes revelaciones de la literatura británica. Después de su reconocida novela-ensayo "El loro de Flaubert" (1986), publicó "Mirando al sol", un libro que desde su misma aparición se convirtió en un éxito y en el centro de una verdadera polémica. ¿Puede un hombre describir el mundo desde el punto de vista de la mujer?

Siempre he tenido esta teoría sobre Rumania. Bueno, en realidad, no es una verdadera teoría, supongo que es más bien una observación. ¿Habéis pensado cómo, en diversos terrenos, Rumania ha conseguido producir un artista importante —pero sólo uno—? Es como si la raza tuviera fuerza para producir únicamente un ejemplar de cada cosa —como esas plantas que canalizan toda su energía hacia una flor—. Por tanto, un gran escultor: Brancusi. Un dramaturgo: Ionesco. Un compositor: Enescu. Un caricaturista: Steinberg. Hasta un gran mito popular: Drácula.

Una vez le hablé de esta teoría a un escritor rumano en el exilio llamado Marian Tiriac. Era un hombre cetrino, regordete y combativo, y yo había comenzado con mal pie con él al mencionar, en una fiesta de literatos, la cuestión de los *disidentes*. Es siempre una palabra que resulta ingrata de emplear con los exiliados del Este europeo, como debía haberme dado cuenta. Algunos de ellos asumen una actitud de alta política diciendo: "Los del gobierno son los disidentes", otros se muestran más personales y prácticos: "No soy un disidente, soy un escritor". Le pregunté, por preguntar, a Tiriac si había disidentes en Rumania. Estaba dándole vueltas a una copa con los restos del vino blanco de un editor, con tanta fuerza como podía, sin que se derramara ni una gota, y contestó:

—En Rumania no hay disidentes. Sólo hay unas cuantas personas que son inaccesibles para la prensa extranjera. En cualquier caso, viven bastante lejos de Bucarest. Las carreteras no son muy buenas cerca de la frontera con Hungría; tampoco tus periodistas demuestran una gran curiosidad.

Lo dijo con ironía, pero a la vez con cierto extraño orgullo, como si yo no tuviera derecho a expresar una opinión —ni siquiera a hacer una pregunta— sobre su patria. No quería darme por vencido —pero tampoco quería irritarle más—, por lo que expuse mi teoría acerca de Rumania; lo cual hice con humildad, titubeos y reconocimiento de ignorancia muy ingleses. Tiriac me sonrió afablemente y cogió otra aceituna rellena.

—Te has olvidado de la poesía —dijo—. Eminescu.

Había escuchado ese nombre alguna vez y moví la cabeza en avergonzada señal de que me resultaba conocido.

—Y tenis: Nastase.

Volví a mover la cabeza. ¿Me estaría tomando el pelo?

—Y un dirigente del partido: Ceaucescu.

Sí que lo estaba.

—¿Y novelistas? —proseguí—. ¿Hay alguno del que deba haber oído hablar?

—No —replicó con un afligido movimiento de cabeza—. No hay ninguno. No tenemos novelistas.

Me olvidé de aquella conversación durante casi un año, hasta que recibí una invitación para asistir a una conferencia de jóvenes escritores en Bucarest. El acontecimiento resultó tan agradable como sin sentido —escuché docenas de discursos vagos, pero bien intencionados, acerca del deber del escritor con respecto a la humanidad, y sobre el poder de la palabra escrita para moldear las almas de los hombres—, pero al menos conocí un país que de otra forma nunca hubiera conocido. Hubo banquetes con aguardiente de ciruelas y una excursión al delta del Danubio, donde nos esforzamos por mirar el vuelo distante de los pelícanos, y fiestas en las que los funcionarios locales te hacían graves preguntas sobre el oficio de escribir, preguntas que te hacían sentirte un tanto avergonzado, como si debieras tomarte más en serio tu vocación.

En la última mañana del viaje tuvimos tiempo libre y me dediqué a pasear por la ciudad con un escritor italiano que escribía versos experimentales. Visitamos iglesias pequeñas y oscuras, donde no se oía más ruido que el chisporroteo de las velas y el arrastrar de los pies de los viejos. Visitamos el Museo de Arte de la República Socialista de Rumania, donde vimos un retrato de Van Eyck de un burgués de piel aceitunada con un gorro azul, cuya placa había sido casi borrada por dedos reverentes, como si éste, el mejor cuadro de la galería, se hubiera convertido en un icono que debía ser tocado con el mismo propósito que los pies esculpidos de María. Finalmente paseamos por la Calea Victoriei para mirar las tiendas. En la esquina de Palatul Republicii, frente al cuartel general del Comité Central, encontramos una librería. Uno de los escaparates estaba dedicado a una única obra, la novela de cierto Nicolai Petrescu. Miramos una pequeña pirámide de ejemplares durante un rato, preguntándonos si habríamos conocido al autor en los siete días pasados. Una pequeña fotografía en un rincón de la exposición en la que se veía a un hombre de barba blanca, regordete, con gafas montadas al aire, nos confirmó que no lo habíamos visto. Como ésta parecía ser una de las principales librerías del país, y Petrescu, presumiblemente, uno de sus escritores más importantes, nos pareció un tanto extraño que no nos lo hubieran traído a tomar aguardiente de ciruelas gratis junto con los otros.

Mi compañero y yo buscamos durante unos momentos en la sección de lenguas occidentales de la tienda —que nos hizo pensar que, si eres extranjero, ya te puedes morir si crees que vas a vender en Bucarest— y nos fuimos. Aquel mismo día, más tarde, nos llevaron al aeropuerto de Otopeni y volvimos a casa.

No volví a ver a Marian Tiriac hasta unos meses después, pero cuando lo vi por fin ofrecí contarle mis impresiones de un país que él no había visto durante 30 años de exilio. Me pareció desconsoladoramente indiferente ante la idea, y me dijo que, como desde luego no iba a volver, no le interesaba en absoluto saber cómo estaba aquel sitio. Durante sus primeros años de exilio se había sentido amargado y nostálgico, y mantuvo una lastimera correspondencia con muchos amigos; pero eso empeoró las cosas y ya había cortado todo contacto.

—Bueno, en cualquier caso, no me has dicho la verdad —proseguí—. En Rumania sí hay novelistas.

—Oh, quizá hables de Rebreanu. O quizá de Sadoveanu. Me temo que actualmente no son más que material para tesis. No son el Brancusi o el Nastase que buscas.

—No, no me refiero a ellos —hubiera sido bastante imposible, porque no me sonaba ninguno de aquellos nombres—. Lo que quiero decir es que había unos cuantos. Conocimos a alguno.

Mencioné a tres o cuatro. Movió la cabeza negativamente.

—Recuerda que ahora no siento interés por esas cosas.

—Y había uno más, vimos muchos ejemplares de algo que había escrito en un escaparate. Petrescu, Nicolai Petrescu.

—¡Ah! —dijo vivamente—. Nicolai, viste a Nicolai. ¿Siguen vendiendo su libro? ¿Y cómo está?

Le expliqué que en realidad no lo habíamos visto. Le describí la librería de Calea Victoriei, la exposición en el escaparate y la pequeña fotografía en el rincón. Dije que, por lo que se podía ver por la foto, el escritor debía de estar bien.

—¿Tenía algo en el ojal de la chaqueta? ¿Algún pequeño adorno?

—¿Quieres decir una flor?

—Claro que no. Un adorno. Una medalla.

Le dije que no lo recordaba. Tiriac se acomodó en el sofá, poniendo la copa sobre su brazo.

—Si quieres te hablaré de Nicolai Petrescu.

Le dije que sí.

—Pero no tienes por qué creerte todo lo que te diga porque lo he conocido muy bien. Debes, ¿cómo se dice eso en la caza?, afinar el tiro. Debes afinar el tiro para buscar la verdad, me parece.

"Nicolai y yo tenemos más o menos la misma edad: cincuenta y tantos años. Éramos lo suficientemente jóvenes como para perdernos la guerra, lo cual agradecimos mucho. Luchar para los alemanes contra los rusos y luego cambiar de bando y luchar para los rusos contra los alemanes no tenía nada de agradable. Las balas te podían llegar de una dirección u otra o de las dos a la vez, pero afortunadamente nos perdimos casi todo aquello."

"Teníamos unos 18 años cuando se produjo eso que la actual administración gusta llamar 'la insurrección nacional antifascista y antiimperialista'. Lo que significa dos hombres, un perro y una bandera, además del fraternal ejército ruso. Llegaron los rusos, echaron a los alemanes y comenzaron a buscar a los comunistas locales. El problema es que no los encontraban. ¿Sabes cómo era de grande el partido comunista en Rumania en 1944? Dos equipos de fútbol. Así que los rusos se quedaron allí un tiempo, ayudando a construir el socialismo —o al menos a formar el partido—, hasta que pensaron que quedaba bastante seguro como para poder marcharse. Se fueron más o menos en 1947. Más o menos."

"Nicolai y yo íbamos a la Politécnica en aquellos tiempos. Éramos, ¿cómo podría decir?, buenos chicos de clase media. No teníamos nada de fascistas; lo que pasa es que no éramos obreros. Además, queríamos ser escritores. ¿Entiendes el problema?". Dije que sí con la cabeza. Pensé que había envejecido mejor que Petrescu. Tiriac parecía tener cuarenta y tantos años; por la foto, Petrescu podía tener más de sesenta.

"Supongo que, al fin y al cabo, es una cuestión más de temperamento que de talento la del camino que toma un escritor. Al menos en aquel lugar. Hablábamos mucho de eso. No cuando nos metimos en la Unión de Escritores, por supuesto; sino entre nosotros. Yo soy, bueno, podías decir que era un idealista, si te parece, pero a mi temperamento le va la desesperación. Sólo pensaba en las dificultades; en lo único que pensaba era en lo que no te dejaran escribir, no en lo que te dejaban. Yo era muy exigente en aquella época; creía, bueno, a lo mejor sigo creyéndolo, que, si no puedes escribir exactamente lo que quieres, es mejor no escribir nada. Silencio o exilio, podrías decir. Bueno, pues escogí el exilio. Perdí mi idioma y la mitad de mi talento. Así que tengo muchos motivos para seguir desesperado."

"Bueno, Nicolai tenía otro temperamento. No, no era un colaboracionista en absoluto. Era un hombre estupendo; era mi amigo. Recuerdo que era muy inteligente y estaba tan desesperado como yo, pero en su espíritu había más cinismo. Quizá no deba decir cínico, tal vez debiera decir que tenía sentido del humor. Escogí el silencio y el exilio; él, la astucia."

"Ya sabes a lo que llaman arquitectura de tarta nupcial". Afirmé con un movimiento de cabeza. Había visto bastante de eso en mis breves viajes a Europa oriental. "Bueno, los peores ejemplos que puedes ver —fuera de Rusia, quiero decir—, los mayores, los más desagradables, los que están colocados en los lugares más opresivos de las ciudades, son los que fueron impuestos por Stalin. Regalos del pueblo soviético, les llamaban, a Varsovia o donde fuera. Son monstruosidades. La gente cruza la calle para no pasar por delante de ellos y escupen cautelosamente cuando llegan a su altura. Los barrenderos tienen más trabajo frente a estas monstruosidades de tarta de boda que en ninguna otra parte de la ciudad."

"Un día Nicolai concibió un plan para escribir la novela de la tarta nupcial, como él la llamaba. Habíamos asistido a una reunión especialmente apestosa y deprimente en la Unión de Escritores y luego dimos un paseo por el parque Cismigu, y recuerdo cómo Nicolai se volvió hacia mí cuando llegamos a la orilla del lago, diciendo: 'Si eso es lo que quieren, se lo daré'. Me dieron ganas de darle un empujón para tirarlo al lago, pero me lanzó una amplia sonrisa. Y luego comenzó a explicarme la idea."

"La novela de tarta nupcial iba a ser una especie de caballo de Troya. Dejarlo en las afueras de la ciudad y que ellos se encargaran de meterlo dentro; así se sentirían aún más contentos. De modo que Nicolai comenzó a trabajar con su libro. Por supuesto, era una novela épica: épicamente histórica, épicamente sentimental, épicamente edificante, épicamente realista. Y al mismo tiempo comenzó a hablar en las reuniones de la Unión de Escritores. 'Tengo este problema, camaradas...', comenzaba y hablaba de su novela, explicando alguna dificultad con que se había topado, el problema de cómo transmitir realísticamente el punto de vista de los fascistas antipatriotas, por ejemplo, o la cuestión de cómo describir una experiencia sexual sin ofender el intrínseco buen gusto del obrero metalúrgico de Ploesti que compra libros. Ese tipo de cosas. Hacía como que tenía problemas y luego paulatinamente permitía a los zoquetes y bufones de la Unión que le guiaran hacia su modo de pensar, que le condujeran hacia la luz. 'Tengo este problema, camaradas...' Cada vez que se lo oía decir pensaba: 'Esta vez se van a dar cuenta, seguro'. Pero la ironía era algo a lo que el comité no estaba muy acostumbrado."

"Y así Nicolai siguió con su libro, y al insinuar todos esos problemas se las arregló para crear cierta aprensión dentro de la Unión. Ya te puedes imaginar cómo es: no quieren que nada perturbe la armonía. Si un escritor se sale de la línea, pone a todos los demás en peligro. Nicolai se aprovechó muy bien de ese miedo, y el hecho de que no llevara allí ninguna parte del libro para leerlo también les preocupaba. Seguía diciendo que tenía que darle otra redacción para corregir los últimos y escasos errores finales. 'Tengo este problema, camaradas'...' ".

"Me enseñó partes, aunque con precaución, porque yo estaba cayendo en desgracia. Decían de mí que era demasiado desesperanzador. Las escasas cosas que presenté para publicación fueron consideradas poco elevadoras del espíritu humano. Elevadoras, ja. Como si escribir fuera un sostén, y el espíritu humano, un par de pechos."

"Nicolai era muy buen escritor. Las partes que me dejó leer eran maravillosas. Quiero decir que eran también enteramente espantosas, pero que resultaban maravillosas. No eran satíricas, no quería hacerlo así, de esa forma. Lo que hacía era ponerse un corazón falso y después escribir desde el fondo de éste. Ese falso corazón era intensamente patriótico, sentimental y documental. Hablaba mucho acerca de la escasa comida que había para la gente y hacía muchas referencias a la historia rumana y a la firmeza del carácter nacional. La historia, por supuesto, tenía que ser revisada por la Unión. 'Camaradas, tengo otro pequeño problema...'. Es como si lo estuviera viendo."

Tiriac lanzó una risita pensando en su amigo, una risita triste. Me di cuenta de cuán desesperado parecía hasta cuando se divertía.

—¿Y luego?

—Luego lo terminó y, naturalmente, lo llamó *La tarta nupcial*. No fue capaz de resistirse a ese título, e incluyó un largo pasaje, de fácil simbolismo, en torno de una tarta nupcial, sólo para darle consistencia. Quería que el libro fuera como uno de los regalos a Stalin que le hacían las naciones esclavas. Quería plantarlo allí, grande y admirado a medias al principio, pero que no se le pudiera ignorar. Y luego, gradualmente, por el simple hecho de estar ahí, haría que la gente comenzara a hacerse preguntas. Y, cuanto más se le viera allí y fuera elogiado, más vergonzoso e incómodo se haría para quienes lo reverenciaban.

"Le pregunté qué haría después de que se publicara; si es que su plan tenía éxito. 'No haré nada', dijo. 'No escribiré ni una palabra más. Eso hará que la broma se haga más evidente a medida que pasen los años'."

"A lo mejor te obligan a trabajar, le dije, no dejan que la gente se dedique al ocio, ya lo sabes. 'Quizá sea demasiado famoso para entonces. Además, les diré que he puesto toda mi alma y mi corazón en *La tarta nupcial*. Si queréis leer un segundo libro escrito por mí, leed el primero. Y entonces me dedicaré a no hacer nada y a mostrarme tan distinguido como sea posible'."

"Me marché del país en 1951, cuando Nicolai tenía que trabajar bastante aún en su libro; tenía unos 35 fragmentos de narración y debía atarlos unos a otros con sus nudos. Nunca nos escribimos después de que yo me fui porque hubiera sido problemático para él. En lugar de eso yo escribí...a gente sin importancia. A mi madre, a unos cuantos amigos inofensivos. Como sabes, no he vuelto nunca; y no he tenido noticias durante casi un cuarto de siglo. Pero, en una de las últimas cartas que me escribió antes de morir, mi madre me dijo que *La tarta nupcial* había sido publicada con enorme éxito. No había leído el libro —tenía mal la vista y no quería empeorarla—, pero me escribió contándomelo. 'Y pensar que si te hubieras quedado', decía, 'mi Marian, quizá hubieras podido tener el éxito que tiene ahora Nicolai."

Me dio la espalda y tomó otro trago de vino. Su cuento parecía haberle deprimido. Luego sonrió.

—Realmente, si lo hubiera sabido te hubiera dicho que me trajeras un ejemplar de *La tarta nupcial* —dijo—. Para reírme un poco con él.

—No estoy seguro de haber visto ningún ejemplar.

—¿Pero no me dijiste... en el escaparate?

—No, el libro que vi en el escaparate tenía como título el nombre de una mujer, Emanuella, María, o algo por el estilo, con una foto de una muchacha con un pañuelo en la cabeza.

Le pregunté cómo se decía en rumano tarta nupcial; me lo dijo.

—No me acuerdo de eso. Pero debía haber seis o siete libros de Petrescu dentro, aunque no me fijé muy bien en ellos. A lo mejor estaba allí.

Luego nos callamos, nos miramos, seguimos callados y comenzamos a hablar de un asunto completamente diferente.

POLINI

S.O.L
SOSTENIDO

MAR DEL PLATA

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de la ciudad de Mar del Plata se representa la obra infantil **Pibemundi,** de Leonardo Ringer y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra **Un guapo del 900** de Sergio Eichelbaum.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine protagonizada por Roberto Fiore y otros. En la sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• **Los Corradini** presentan su espectáculo **Mirando la casa de uno,** ofreciendo una síntesis de los tres discos grabados por los músicos marplatenses que integran el grupo. Todos los miércoles a las 22, en la sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata.

• La cantante **Silvina Garré** ofrecerá temas de su último disco **Otro cuerpo más** en un recital que se llevará a cabo hoy en el Teatro Arenas, en San Bernardo, a las 21.

• **Los conciertos de verano** de Los Solistas de la Camerata Bariloche comenzarán hoy en el Hotel Playas de Pinamar.

• **Midachi,** show humorístico musical, en el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, de martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Los mirasoles,** obra teatral de Sánchez Gardel en el Teatro Auditórium de Mar del Plata, hoy a las 21.

• **El resucitado,** obra protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Re-fa-si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• **Yepeto,** obra de Roberto Cossa, con la actuación de Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi con dirección general de Omar Grasso. De martes a jueves a las 22, viernes a domingo a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata.

• La cantante **Mercedes Sosa** se presentará en el Teatro Atlas, Paseo 108 y Avenida 3, Villa Gesell, a las 22.30, ofreciendo temas de su próximo larga duración.

• En el Teatro Del Notariado, Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; Edda Díaz en **El humor en celo,** los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de García Lorca; Leonor Manso en **Yo, Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, y Perla Santalla en **Canto a mí misma** los domingos. Todas las funciones comienzan a las 23.

• **Perciavalle indestructible,** espectáculo humorístico a cargo de Carlos Perciavalle, en el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata.

• Carlos Calvo y Luisina Brando protagonizan la obra teatral **Mamá,** de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

los peores ejemplos que puedes ver —fuera de Rusia, quiero decir—, los mayores, los más desagradables, los que están colocados en los lugares más opresivos de las ciudades, son los que fueron impuestos por Stalin. Regalos del pueblo soviético, les llamaban, a Varsovia o donde fuera. Son monstruosidades. La gente cruza la calle para no pasar por delante de ellos y escupen cautelosamente cuando llegan a su altura. Los barrenderos tienen más trabajo frente a estas monstruosidades de tarta de boda que en ninguna otra parte de la ciudad."

"Un día Nicolai concibió un plan para escribir la novela de la tarta nupcial, como él la llamaba. Habíamos asistido a una reunión especialmente apestosa y deprimente en la Unión de Escritores y luego dimos un paseo por el parque Cismigu, y recuerdo cómo Nicolai se volvió hacia mí cuando llegamos a la orilla del lago, diciendo: 'Si eso es lo que quieren, se lo daré'. Me dieron ganas de darle un empujón para tirarlo al lago, pero me lanzó una amplia sonrisa. Y luego comenzó a explicarme la idea."

"La novela de tarta nupcial iba a ser una especie de caballo de Troya. Dejarlo en las afueras de la ciudad y que ellos se encargaran de meterlo dentro; así se sentirían aún más contentos. De modo que Nicolai comenzó a trabajar con su libro. Por supuesto, era una novela épica: épicamente histórica, épicamente sentimental, épicamente edificante, épicamente realista. Y al mismo tiempo comenzó a hablar en las reuniones de la Unión de Escritores. 'Tengo este problema, camaradas...', comenzaba y hablaba de su novela, explicando alguna dificultad con que se había topado, el problema de cómo transmitir realísticamente el punto de vista de los fascistas antipatriotas, por ejemplo, o la cuestión de cómo describir una experiencia sexual sin ofender el intrínseco buen gusto del obrero metalúrgico de Ploesti que compra libros. Ese tipo de cosas. Hacía como que tenía problemas y luego paulatinamente permitía a los zoquetes y bufones de la Unión que le guiaran hacia su modo de pensar, que le condujeran hacia la luz. 'Tengo este problema, camaradas...' Cada vez que se lo oía decir pensaba: 'Esta vez se van a dar cuenta, seguro'. Pero la ironía era algo a lo que el comité no estaba muy acostumbrado."

"Y así Nicolai siguió con su libro, y al insinuar todos esos problemas se las arregló para crear cierta aprensión dentro de la Unión. Ya te puedes imaginar cómo es: no quieren que nada perturbe la armonía. Si un escritor se sale de la línea, pone a todos los demás en peligro. Nicolai se aprovechó muy bien de ese miedo, y el hecho de que no llevara allí ninguna parte del libro para leerlo también les preocupaba. Seguía diciendo que tenía que darle otra redacción para corregir los últimos y escasos errores finales. 'Tengo este problema, camaradas'...' ".

"Me enseñó partes, aunque con precaución, porque yo estaba cayendo en desgracia. Decían de mí que era demasiado desesperanzador. Las escasas cosas que presenté para publicación fueron consideradas poco elevadoras del espíritu humano. Elevadoras, ja. Como si escribir fuera un sostén, y el espíritu humano, un par de pechos."

"Nicolai era muy buen escritor. Las partes que me dejó leer eran maravillosas. Quiero decir que eran también enteramente espantosas, pero que resultaban maravillosas. No eran satíricas, no quería hacerlo así, de esa forma. Lo que hacía era ponerse un corazón falso y después escribir desde el fondo de éste. Ese falso corazón era intensamente patriótico, sentimental y documental. Hablaba mucho acerca de la escasa comida que había para la gente y hacía muchas referencias a la historia rumana y a la firmeza del carácter nacional. La historia, por supuesto, tenía que ser revisada por la Unión. 'Camaradas, tengo otro pequeño problema...'. Es como si lo estuviera viendo."

Tiriac lanzó una risita pensando en su amigo, una risita triste. Me di cuenta de cuán desesperado parecía hasta cuando se divertía.

—¿Y luego?

—Luego lo terminó y, naturalmente, lo llamó *La tarta nupcial*. No fue capaz de resistirse a ese título, e incluyó un largo pasaje, de fácil simbolismo, en torno de una tarta nupcial, sólo para darle consistencia. Quería que el libro fuera como uno de los regalos a Stalin que le hacían las naciones esclavas. Quería plantarlo allí, grande y admirado a medias al principio, pero que no se le pudiera ignorar. Y luego, gradualmente, por el simple hecho de estar ahí, haría que la gente comenzara a hacerse preguntas. Y, cuanto más se le viera allí y fuera elogiado, más vergonzoso e incómodo se haría para quienes lo reverenciaban.

"Le pregunté qué haría después de que se publicara; si es que su plan tenía éxito. 'No haré nada', dijo. 'No escribiré ni una palabra más. Eso hará que la broma se haga más evidente a medida que pasen los años'."

"A lo mejor te obligan a trabajar, le dije, no dejan que la gente se dedique al ocio, ya lo sabes. 'Quizá sea demasiado famoso para entonces. Además, les diré que he puesto toda mi alma y mi corazón en *La tarta nupcial*. Si queréis leer un segundo libro escrito por mí, leed el primero. Y entonces me dedicaré a no hacer nada y a mostrarme tan distinguido como sea posible'."

"Me marché del país en 1951, cuando Nicolai tenía que trabajar bastante aún en su libro; tenía unos 35 fragmentos de narración y debía atarlos unos a otros con sus nudos. Nunca nos escribimos después de que yo me fui porque hubiera sido problemático para él. En lugar de eso yo escribí...a gente sin importancia. A mi madre, a unos cuantos amigos inofensivos. Como sabes, no he vuelto nunca; y no he tenido noticias durante casi un cuarto de siglo. Pero, en una de las últimas cartas que me escribió antes de morir, mi madre me dijo que *La tarta nupcial* había sido publicada con enorme éxito. No había leído el libro —tenía mal la vista y no quería empeorarla—, pero me escribió contándomelo. 'Y pensar que si te hubieras quedado', decía, 'mi Marian, quizá hubieras podido tener el éxito que tiene ahora Nicolai."

Me dio la espalda y tomó otro trago de vino. Su cuento parecía haberle deprimido. Luego sonrió.

—Realmente, si lo hubiera sabido te hubiera dicho que me trajeras un ejemplar de *La tarta nupcial* —dijo—. Para reírme un poco con él.

—No estoy seguro de haber visto ningún ejemplar.

—¿Pero no me dijiste... en el escaparate?

—No, el libro que vi en el escaparate tenía como título el nombre de una mujer, Emanuella, María, o algo por el estilo, con una foto de una muchacha con un pañuelo en la cabeza.

Le pregunté cómo se decía en rumano tarta nupcial; me lo dijo.

—No me acuerdo de eso. Pero debía haber seis o siete libros de Petrescu dentro, aunque no me fijé muy bien en ellos. A lo mejor estaba allí.

Luego nos callamos, nos miramos, seguimos callados y comenzamos a hablar de un asunto completamente diferente.

POLINI

S.O.L

SOSTENIDO

MAR DEL PLATA

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de la ciudad de Mar del Plata se representa la obra infantil **Pibemundi,** de Leonardo Ringer y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra **Un guapo del 900** de Sergio Eichelbaum.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine protagonizada por Roberto Fiore y otros. En la sala La Nona del Hotel Provincial de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• **Los Corradini** presentan su espectáculo **Mirando la casa de uno,** ofreciendo una síntesis de los tres discos grabados por los músicos marplatenses que integran el grupo. Todos los miércoles a las 22, en la sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata.

• La cantante **Silvina Garré** ofrecerá temas de su último disco **Otro cuerpo más** en un recital que se llevará a cabo hoy en el Teatro Arenas, en San Bernardo, a las 21.

• **Los conciertos de verano** de Los Solistas de la Camerata Bariloche comenzarán hoy en el Hotel Playas de Pinamar.

• **Midachi,** show humorístico musical, en el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, de martes a domingo a las 21.45 y 23.45.

• **Los mirasoles,** obra teatral de Sánchez Gardel en el Teatro Auditórium de Mar del Plata, hoy a las 21.

• **El resucitado,** obra protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Re-fa-si, ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• **Yepeto,** obra de Roberto Cossa, con la actuación de Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi con dirección general de Omar Grasso. De martes a jueves a las 22, viernes a domingo a las 21.30 y 23.30, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata.

• La cantante **Mercedes Sosa** se presentará en el Teatro Atlas, Paseo 108 y Avenida 3, Villa Gesell, a las 22.30, ofreciendo temas de su próximo larga duración.

• En el Teatro Del Notariado, Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; Edda Díaz en **El humor en celo,** los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de García Lorca; Leonor Manso en **Yo, Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados, y Perla Santalla en **Canto a mí misma** los domingos. Todas las funciones comienzan a las 23.

• **Perciavalle indestructible,** espectáculo humorístico a cargo de Carlos Perciavalle, en el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata.

• Carlos Calvo y Luisina Brando protagonizan la obra teatral **Mamá,** de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

14. Estallan las bombas de tiempo

La mujer y la niña, seguidas mansamente por Alfred, el oso bailarín, alcanzaron el callejón desierto después de un breve recorrido por una especie de restaurante vacío, contiguo al camarín donde la mujer disfrazó a la pequeña vendedora de violetas, dándole aspecto de varón. Anochecía. Corrieron hasta una camioneta estacionada cerca y que estaba provista de una jaula en la parte posterior; la mujer abrió la puerta trasera y por allí entró el oso con naturalidad. Luego ella se instaló tras el volante, hizo subir a la niña a su lado y puso de inmediato en marcha el vehículo, alejándose prestamente del peligroso lugar. Observando por el espejo retrovisor, la mujer advirtió que el otro oso trotaba ahora tras la camioneta.

—Allí viene Mortimer —dijo—. Pensé que debíamos abandonarlo, pero me alegro de que nos haya seguido— detuvo el vehículo e hizo entrar al oso feroz, quien se acomodó junto a su manso compañero. Por un rato, la mujer siguió manejando en silencio, como sumida en profundas cavilaciones. La niña parecía dormitar, recostada en su asiento.

—Mi nombre es Beatrice —dijo de pronto la mujer; la jovencita abrió los ojos—. Me llaman Betty. "Bear Betty", según los carteles que anuncian mis espectáculos.

—A mí me llaman Molly, señora —dijo la niña—; aunque, con este disfraz, creo que convendrá llamarme Peter —la mujer sonrió.

—Me gustas, Molly. Me gustas mucho —dijo, con ternura.

—Usted también me gusta, señora —dijo Molly, y la mujer detuvo la camioneta junto a la vereda y acercó su rostro al de la niña; sus labios se unieron en un apretado beso, y Betty tuvo una agradable sorpresa cuando notó que la lengua de Molly se introducía profundamente en su boca.

Mientras tanto, Angus McCoy, John Adams y Mike Sorrentino, ayudantes del gran Carmody Trailler, contemplaban azorados al hombre que yacía en un charco de sangre. Un rápido examen mostró que el pulso latía aún, débilmente. Angus resolvió trasladar de inmediato al herido al sanatorio del Dr. Stark, amigo de Carmody. Pensó en llamar a una ambulancia, pero no había tiempo que perder: en ese lugar se respiraba una diabólica tensión, como si cualquier cosa pudiera suceder en cualquier momento. Dispuso, pues, que John y Mike trasladaran al enmascarado en uno de los coches, mientras él recorría frenéticamente la construcción en busca de pistas: llevaba, como tales, la bolsa maloliente y las desgarradas ropas de la niña.

Cuando llegó al camarín y vio la jaula, la luz se hizo en su cerebro.

—¡Bear Betty! —exclamó, y luego siguió murmurando para sí—. Bear Betty es una de las claves de todo este asunto, y es sin duda aquella mujer que me cedió su turno en el teléfono público. Su rostro me parecía vagamente familiar por haberlo visto tantas veces en afiches.

Resolvió que esa misma noche intentaría localizarla en algunos de los *night-clubs* donde solía actuar; ella debería saber la suerte corrida por la niña, ya que el enmascarado que yacía cerca de las ropas desgarradas de la niña mostraba claras huellas de zarpazos de oso. Angus se daba cuenta de lo que arriesgaba, pues ahora era evidente que esos *night clubs* formaban parte de los negocios de la Banda del Ciempié; al mismo tiempo, al pensar en Betty sentía una rara emoción, y descubrió casi a su pesar que la urgencia por verla tenía relación con la búsqueda de la niña, pero también con sus sentimientos más íntimos.

En el coche que transportaba al herido, Mark Sorrentino, que lo sostenía junto a él en el asiento trasero mientras John conducía, no pudo resistir la curiosidad y le quitó la máscara. Dio un grito de asombro.

—¡John! —exclamó Mark—. Este hombre... Este hombre es... No puede ser...

—¿Quién es, Mark, por Dios? —lo urgió John, sin poder quitar la vista de la calle pues iba a gran velocidad en medio de un tránsito intenso.

En ese momento comenzó a oírse una serie de explosiones no muy lejanas.

—¡John! —exclamó Mark—. ¿Escuchas? Aquello está seguramente estallando... y Angus McCoy... ¡Angus seguramente sigue allá adentro!

(Próximo episodio: "El show de Bear Betty").



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Emiratos árabes desunidos

Cinco emires, a punto de fundar sendos emiratos, se reúnen para resolver diversas cuestiones. Deduzca el nombre completo de cada emir, cómo se llamará su emirato y los colores de su bandera. Y que el Profeta los ilumine.

1. **Ni Suleiman, cuyo apellido no es Ahmed, ni Assam (que regirá el flamante emirato de Qantar), tienen el color negro en sus banderas.**
2. **Abdel ha elegido para su divisa el azul y el negro.**
3. **Ni la bandera de Yamen del Norte —el emirato de Abu—, ni la de Yamen del Sur, tienen una franja azul.**
4. **Uno de los colores del emirato de Selim Kahmed será el blanco.**
5. **Alí odia el rojo.**
6. **Los colores de Umhrein serán el rojo y el verde.**

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		APELLIDO					BANDERA					EMIRATO				
		Ahmed	Alí	Assam	Bey	Kahmed	Azul y blanco	Blanco y verde	Negro y azul	Negro y rojo	Rojo y verde	Coman	Qantar	Umhrein	Yamen del N.	Yamen del S.
NOMBRE	Abdel															
	Abu															
	Mohamed															
	Selim															
	Suleiman															
EMIRATO	Coman															
	Qantar															
	Umhrein															
	Yamen del Norte															
	Yamen del Sur															
BANDERA	Azul y blanco															
	Blanco y verde															
	Negro y azul															
	Negro y rojo															
	Rojo y verde															

NOMBRE	APELLIDO	BANDERA	EMIRATO

SOPA PELUQUERA

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

AGUA
CHAMPU
ESPEJOS
FIJADOR
JABON
LACA
LOCION
LUCES
NAVAJA
PEINE
PELUQUERO
PERCHERO
REVISTAS
RULOS
SECADOR
SILLON
TIJERAS
TINTES
TOALLA

S	E	R	P	R	I	C	O	T	E	N	A	D	O
I	T	F	H	E	S	E	T	N	I	T	N	O	C
T	S	I	C	N	E	L	R	O	D	A	C	E	S
A	A	J	J	I	S	U	P	I	S	G	A	N	I
J	T	A	I	E	R	E	U	C	L	U	N	T	L
A	S	D	C	P	R	U	L	O	S	A	O	S	L
L	I	O	N	C	P	A	A	L	V	D	B	O	C
E	V	R	H	M	N	F	S	A	I	N	A	J	N
N	E	E	A	I	M	O	J	K	Z	C	J	E	A
T	R	H	A	T	O	A	L	L	A	Q	U	P	Z
O	C	F	R	T	L	I	T	L	U	C	E	S	X
R	O	I	P	E	L	U	Q	U	E	R	O	E	N
J	T	S	N	O	R	D	N	I	L	E	P	O	S
K	O	R	T	A	T	U	D	E	P	E	C	H	E

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Abel Gómez, papel, 1°.
Julio Soria, nailon, 4°.
Miguel Diéguez, coti, 5°.
Silvio Soto, arpillera, 3°.
Tomás Rivas, paño, 2°.

SOPA MUSICAL

P	A	C	O	T	E	H	R	N	G	A		T	G
M	E	A	R	R	A	T	I	U	G	F		R	U
T	R	I	C	O	N	T	R	A	B	A	J	O	I
R	N	O	N	S	C	U	A	F	F	O	W	M	T
O	M	A	R	I	M	B	A	A	S	L	I	B	A
M	I	R	F	L	O	A	T	G	T	L	A	O	R
P	N	M	T	I	R	E	A	O	O	E	K	N	R
E	I	O	U	R	N	A	R	T	C	C	I	L	O
T	T	N	T	R	O	M	P	A	S	N	A	A	N
A	U	I	O	S	F	L	A	V	I	O	L	I	N
F	A	C	A	S	T	A	Ñ	U	E	L	A	S	W
F	L	A	U	T	A	W	Z	A	L	O	L	C	S
O	F	I	A	N	S	A	N	T	C	I	A	Z	A
S	A	B	O	R	G	A	N	O	S	V	B	R	B

